

Alejandro Miguel Schneider

En este último semestre los recuerdos y las alusiones sobre la militancia peronista de la *Generación del '70* volvieron a convertirse en un tema cotidiano de conversación. Más aún, hace unos meses, el veinticinco de mayo, se cumplió un nuevo aniversario del regreso del justicialismo al poder luego de dieciocho años de proscripción. En ese entonces, Héctor Cámpora juraba como primer magistrado de la Nación clausurando un ciclo luctuoso abierto en 1955. El hecho en sí no tendría tanta importancia si no fuese porque ese día, tres décadas más tarde, nuevamente un nuevo mandatario peronista se encontraba gobernando en la Casa Rosada.

Ahora bien, esta referencia histórica cobra un particular sentido cuando observamos que el actual presidente, Néstor Kirchner, así como varios de los funcionarios que ocupan puestos de primer nivel fueron integrantes de esa generación. De este modo, es oportuno realizar unas breves reflexiones sobre el significado de ese fenómeno, no sólo por el interés histórico que depara el mismo, sino porque el movimiento creado por Juan Domingo Perón continúa ocupando hoy el centro del escenario político.

La evocación de las décadas de 1960 y 1970 trae aparejada, en forma necesaria, una valoración de la misma. En este sentido la memoria y el mito, así como su proceso de construcción, se convierten en un lugar de disputa política e ideológica que abarca no sólo el recuerdo de la época sino una lectura del presente argentino. La militancia de esos años es un hecho valioso del pasado; sin embargo, no tiene porque ser forzosamente un indicio o una línea de actuación en el presente. Si bien numerosos militantes setentistas ocupan hoy cargos relevantes en la función pública --en realidad, algunos de ellos hace varios años que lo hacen--, esto no significa que vayan a pensar o actuar como si fuese ese entonces.

I

Esos años se vieron signados por una intensa actividad política, un auge de masas, y el crecimiento de la izquierda marxista y peronista. Este período se inició, en términos globales, con la instauración de la dictadura del general Juan Carlos Onganía, cerrándose con el fin de la presidencia de María Estela Martínez de Perón, en marzo de 1976. Fueron años de intensa conflictividad social en la Argentina. Esta tuvo sus orígenes en los diversos

intentos parcialmente fallidos de los sectores dominantes por cambiar el modelo social de acumulación de capital, lo cual generó –por su propia contradicción y dinámica-- un permanente enfrentamiento con la clase obrera y los sectores populares. Dicha situación se combinó con otro fenómeno no menos importante, como fue la proscripción electoral de Perón y su movimiento en el escenario político, produciendo un fuerte sentimiento de ilegitimidad que caracterizó a todos los gobiernos de la época. En forma paralela, y contribuyendo al proceso, durante la década de 1960 se originaron una serie de sucesos mundiales que imprimieron fuertes huellas en la actividad militante del momento: la Revolución Cubana y la extensión del proceso revolucionario en América Latina, la guerra de Vietnam, la Revolución Cultural en China, el Mayo Francés y la Primavera de Praga, entre otros acontecimientos.

En relación con el presente ese fue un período de intensas discusiones políticas. No fue casual que un importante número de jóvenes se vieran atraídos por este clima y que su politización tuviera relación con el contexto internacional. Dentro de la realidad particular del país, todo ello se combinó con una clase obrera combativa en lo sindical, con un notable nivel cultural, impregnada por la memoria colectiva de las primeras presidencias peronistas y por la fuerte resistencia abierta a la Revolución Libertadora.

Ese contexto sumado a la alta conflictividad social reinante alimentó a las corrientes opositoras de entonces. En esos años surgieron nuevas organizaciones tales como los grupos guerrilleros urbanos y agrupaciones políticas de izquierda que, si bien existían al comienzo de este proceso en núcleos pequeños, un tiempo después habían incrementado su caudal en adherentes y su influencia en la vida política y social.ⁱ Cada una de éstas fueron producto de la época y todas se esforzaron por conectar las reivindicaciones populares a su visión particular del socialismo y a sus respectivos medios para alcanzar tal propósito. Comunistas, trotskistas, maoístas, guevaristas y peronistas revolucionarios conformaron por entonces la denominada *Generación del '70*.

Para algunos intelectuales, dicha camada fue un fenómeno propio de la pequeña burguesía afectada por una especie de anomia. De este manera, se la concibió como resultado de una utopía divorciada de la mayoría de la población.ⁱⁱ Por el contrario, para otros, representó el momento más alto de politización de los argentinos. Al decir de un protagonista de esos años: “todo el mundo estaba metido en algo. Si no militabas eras un estúpido. Hoy en día no pasa nada”. Para la historia oficial, avalada y sostenida por diferentes gobiernos, fue una cuestión de pequeños grupos de enajenados bajo influencia extranjera (Cuba, el Che Guevara, la Cuarta Internacional). Tanto para hombres que

estuvieron en el peronismo como aquellos que estuvieron identificados con algunas de las corrientes de izquierda, más allá de los distintos matices, fue su momento de gloria perdido. Para la mayoría de sus militantes, ésta fue la época de su “vida política” que le marcó su identidad como ser humano: la capacidad de trascender en función del bien colectivo. Fue una época de alegrías. Así, para algunas personas se abrió “una era de esperanza que se estaba haciendo realidad” tras varios años de “oscuras catacumbas”. Al decir de un protagonista de esas jornadas: “la noche negra abierta, tras el golpe del `55, se estaba terminando”.

La totalidad de los testimonios y la historia de las organizaciones se remiten, en la reflexión y en la identificación, a un pasado en común que entronca con la historia del movimiento obrero. Hechos como la Semana Trágica de enero de 1919, la movilización peronista del 17 de Octubre de 1945, la Resistencia (1955-1958), las ocupaciones de fábrica en 1964 y el Cordobazo (1969) se convirtieron en hitos históricos que se fueron resignificando en la memoria popular y en la militancia. Su transmisión oral, y algunas veces escrita, permitieron la construcción de una identidad en tanto clase y en tanto grupo político. Esto cobró significado mediante diversos mecanismos expresados en el lenguaje empleado y en las prácticas del activismo, ya fuese en la fábrica, en el barrio o en la universidad. Todos los miembros de esa generación, abrevaron dichas experiencias colectivas y las vertieron en su labor cotidiana; estuvieron comprometidos con la realidad social de esos años, expresaron una voluntad de cambio y de compromiso con su entorno, no dudando de entregar sus propias vidas para tales logros. La mayoría de ellos no sólo compartieron una clara vocación transformadora sobre la sociedad en la que actuaron sino también toda una serie de elementos que los asemejaron en su forma de sentir, de pensar y de actuar que quedaron registrados en la memoria de sus protagonistas. Si bien cada organización tuvo rasgos singulares, existió un sustrato cultural y político en común que las identificó y las separó, a su vez, de otras agrupaciones.

II

En cuanto a los militantes que integraron los Montoneros y los diversos grupos que conformaron la denominada Tendencia Revolucionaria, su impronta estuvo signada sobre todo por el “compartir y hacerse cargo” de la tradición legendaria del justicialismo en sus primeros gobiernos y por los años de enfrentamiento a los sucesivos regímenes militares y civiles instalados a partir de 1955; en particular, se identificaron y se reconocieron como continuadores de la Resistencia contra la popularmente recordada *Revolución Fusiladora*.ⁱⁱⁱ De esta manera, rescataron de la memoria colectiva del “pueblo peronista” diversos hitos

históricos: el 17 de octubre, el levantamiento del general Juan José Valle, los “caños”, los “comandos” o la huelga del frigorífico Lisandro de la Torre. No sólo redimieron esos acontecimientos sino que los hicieron suyos, se convirtieron en elementos legitimadores de su accionar y fueron componentes centrales de su folklore. Estas huellas culturales se combinaron con otras configuraciones contemporáneas: el pensamiento y las prácticas políticas de los diferentes grupos nacionalistas, la acción social de los sacerdotes del Tercer Mundo y la prédica revolucionaria del Che Guevara.

En la primera de las perspectivas, las organizaciones peronistas se nutrieron de individuos que actuaron y simpatizaron con grupos nacionalistas como Tacuara o, en otros casos, que habían participado en el Movimiento Nueva Argentina en la década de 1960. Esta influencia ideológica se expresó en un conjunto de ideas y nociones que buscaron explicar la problemática económica, social y política en que se hallaba el país. De esta forma, con diferencias y matices, se debatía acaloradamente sobre una amalgama de premisas básicas: Pueblo vs. Oligarquía, Imperialismo vs. Nación, Liberación o Dependencia, entre otras “contradicciones principales y secundarias”. A su vez, estas formulaciones aparecían acompañadas por toda una sucesión de lecturas de escritores como Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, José Hernández Arregui, José María Rosa, por mencionar algunos de los más recordados.^{iv}

En cuanto a la segunda, los grupos peronistas se nutrieron de las transformaciones ocurridas en el seno de la iglesia Católica a partir de las iniciativas del Papa Juan XXIII, el Concilio Vaticano II y los documentos resultantes de las diversas conferencias episcopales. En ese ámbito nació el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo como un sector eclesiástico que denunció la opresión económica y la dependencia en América Latina, junto con el consiguiente derecho de los pueblos a la legítima defensa. Más aún, este compromiso social cobró un sentido más realista a partir del ejemplo del cura guerrillero Camilo Torres. Este clérigo representó para numerosos militantes setentistas todo un símbolo por su conducta frente a la vida: la solidaridad por la causa de los pobres, el uso de la vía de la armada para solucionar los problemas sociales, el sacrificio que se eleva hasta el martirologio y la posibilidad de que cohabitasen el mensaje del Evangelio con los textos de Carlos Marx.

Por último, el impacto revolucionario cubano en el continente y la figura del Che ejercieron una fuerte atracción en el conjunto de la militancia política. En ese proceso, el temple, la ética, el accionar y el pensamiento de Guevara desplegaron un protagonismo de primerísimo orden. Si bien su personalidad tuvo un notable efecto sobre la conciencia y la

conducta del activismo de esos años, su impronta fue distinta en las organizaciones que abrazaron la lucha armada de aquellas que no optaron por ese medio. En el caso de los jóvenes peronistas su estampa se hizo sentir en diferentes niveles: desde el uso legítimo de la violencia contra la Revolución Argentina; pasando por la imagen del *Guerrillero Heroico* muerto en Bolivia que evocaba un parecido con las representaciones religiosas de Cristo; hasta la explicación política sobre la moral revolucionaria en el concepto del *hombre nuevo*.

Sin embargo, estas concepciones e influencias ideológicas no fueron las únicas que impregnaron su accionar. La Tendencia en el transcurso de su trayectoria política fue desarrollando otras características peculiares: su concepción nacional de la revolución, su culto a Eva Perón, sus fuertes rasgos movimientistas, la noción de una autoridad que pudiese resolver los problemas de los trabajadores, entre algunos de ellos. Quizá donde mejor se observan estos atributos fue en la mirada que sostuvieron y divulgaron sobre la historia Argentina del siglo diecinueve. En ella se trató, en forma permanente, de rescatar determinadas figuras del pasado como Manuel Dorrego, Facundo Quiroga, Juan Manuel de Rosas o Felipe Varela. En esta perspectiva apelaron a todo un arsenal simbólico con el fin de lograr una mayor identificación con las “montoneras y sus lanzas”. En cualquier caso, la idealización que se hacía de los caudillos condensaba, en gran medida, las cualidades antes mencionadas.

Por otra parte, a diferencia de las organizaciones provenientes de la izquierda, la militancia peronista no especificó –en general– su análisis, sus discursos y su proyección política desde el punto de vista de las clases sociales. Su ideal revolucionario se acercó más a la visión que tenían de los primeros gobiernos de Perón que a un determinado modelo de socialismo; en otras palabras, se aspiraba a una revolución en el marco de los procesos de liberación nacional del Tercer Mundo.

III

Finalmente, corresponde reflexionar sobre dos cuestiones. La generación de los años '70 se originó en circunstancias particulares de la historia de nuestro país. En este sentido se convertiría en una cuestión baladí descontextualizarla de ese momento. Por un lado, el activismo y la militancia de aquella década expresaron una importante voluntad de cambio. Lejos de la maliciosa teoría de los dos demonios, los miembros que pertenecieron a esa generación intentaron transformar la sociedad. Los integrantes de los diferentes grupos no fueron unos inadaptados sociales; por el contrario, expresaron un fenómeno masivo que respondió a una situación política de esos años. De este modo, las distintas

organizaciones, más allá de los errores cometidos, buscaron constituirse en una opción de poder y en ese camino no dudaron en impugnar la autoridad estatal de ese entonces. Por último, incumbe recalcar que la pasada pertenencia a una corriente revolucionaria no es un imperativo categórico que conduzca necesariamente a moldear el comportamiento de los actuales gobernantes. En definitiva recordemos este antiguo proverbio árabe: “el hombre se parece más a su época que a su padre”.

ⁱ Corresponde recordar que previo al surgimiento de las primeras organizaciones guerrilleras urbanas existieron algunas experiencias de grupos armados que tuvieron una presencia esencialmente rural como el Comando Uturunco (1959) y el Ejército Guerrillero del Pueblo (1964)

ⁱⁱ Pablo Giussani. *Montoneros. La soberbia armada*. (Buenos Aires: Editorial Sudamericana/Planeta, 1984). Carlos Brocato. *La Argentina que quisieron* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana/Planeta, 1985). Peter Waldmann, “Anomia social y violencia”; Alain Rouquié (comp.). *Argentina, hoy* (México: Editorial Siglo XXI, 1982).

ⁱⁱⁱ Se usaba este apelativo en alusión al fusilamiento dispuesto por el gobierno de Pedro E. Aramburu sobre militantes peronistas, tras el levantamiento liderado por el General Juan J. Valle en junio de 1956.

^{iv} Incumbe aclarar que estos no fueron los únicos intelectuales que ejercieron una importante influencia en el pensamiento de la Tendencia Revolucionaria. Por fuera del espectro específicamente nacionalista se leían y debatían los escritos de Abraham Guillén, Carl von Clausewitz, Frantz Fanon, etc.